

## PARODIA A LA RETÓRICA EN EL *SATIRICÓN* DE PETRONIO

Delfim F. Leão  
 Universidad de Coimbra

Estudo publicado em J. A. Sánchez Marín & M. N. Muñoz Martín (eds.), *Retórica, poética y géneros literarios* (Granada, Universidad de Granada, 2004), 139-149.

ISBN: 84-338-3223-9

Depósito legal: GR./2.002-2004

Al principio de la parte conservada del *Satiricón*, vemos que Encolpio pronuncia un vehemente discurso. La *declamatio* se dirige a Agamenón, profesor de retórica y responsable de la escuela en la que ambos actúan<sup>1</sup>. La intervención de Encolpio empieza de la siguiente manera (1.1-3):

— ¿Son acaso agitados por otra clase de furias nuestros declamadores profesionales que vociferan: «Estas heridas las recibí por la libertad del pueblo, este ojo lo perdí por vosotros; dadme un cirineo que me lleve junto a mis hijos, pues mis piernas mutiladas no pueden sostener mi cuerpo»? Tales excesos serían tolerables si abriesen camino a los que van en pos de la elocuencia; pero, en realidad, sus temas hinchados y el estruendo hueco de sus frases sólo les sirven para que, cuando llegan al foro, se crean transportados a un mundo distinto. Y de aquí que piense yo que los jóvenes en nuestras escuelas se vuelven necios del todo, porque ni ven ni oyen hablar de ninguno de nuestros problemas cotidianos, sino de piratas que acechan en la costa con cadenas, de tiranos que promulgan edictos por los que ordenan a los hijos decapitar a sus propios padres, etc.

La ironía de este comienzo es evidente: el que tanto se acalora contra los *declamatores* está haciendo también una *declamatio*. Encolpio denuncia la absoluta falta de adecuación que se observa entre el aprendizaje y el tipo de requisitos necesarios para hacer

---

<sup>1</sup> Empleamos esta expresión intencionadamente. Como veremos más adelante, no se trata de una simple discusión informal, sino, más bien, de una tentativa premeditada de impresionarse mutuamente. Encolpio pretende que le inviten a cenar; Agamenón, como profesor, no quiere que su alumno brille más que él. Para elaborar este estudio hemos acudido a parte del análisis presentado en LEÃO (1998), 33-59. Para la versión española del *Satiricón*, hemos utilizado la traducción de Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ: *Petronio Árbitro — Satiricón*. Vol. I (Barcelona, 1968); vol. II (Barcelona, 1969).

frente a la realidad. Denuncia, por consiguiente, la ineptitud del sistema educativo en la preparación de los alumnos para la vida. Sin embargo, los temas sobre los que ejerce su censura ya estaban en la tradición diatríblica, por lo que, desde el punto de vista de la economía de la novela, este discurso no constituye una novedad. Lo que hace importante esta declaración, y curiosa en relación a la construcción de los personajes, es que Encolpio y los “intelectuales” que con él divagan son el ejemplo acabado de la situación descrita. Como más adelante veremos, su manera de hacer frente a los problemas de la vida es tan artificial como las palabras y la actitud que han aprendido de memoria. Encolpio habla como le enseñaron a hablar y no es capaz de apartarse de esa (de)formación, del comportamiento y de las reacciones aprendidas en ejercicios escolares, incluso cuando las situaciones le exigen que adapte su comportamiento a hechos concretos.

Significativa e irónica es, también, la respuesta de Agamenón, el maestro de la escuela de retórica que, al procurar defenderse de las acusaciones del joven, evoca la técnica de la adulación (3.3):

Los aduladores de profesión, cuando van a ganarse la cena en casa rica, lo primero y único en que piensan es lo que creen que será especialmente grato a su auditorio — pues, en efecto, no conseguirán lo que andan buscando si no hacen algunas emboscadas a los oídos.

Lo que Agamenón no sabía — o tal vez sí sabía, ya que, como profesor, debía conocer bien este tipo de comportamiento (a no ser que la arrogancia le tapase los ojos) — es que su interlocutor estuviera aplicando exactamente la estrategia denunciada, que había aprendido tan bien como las lecciones de retórica<sup>2</sup>. Ascilto, el amigo, lo afirma sin lugar a dudas, cuando dice que el objetivo de Encolpio había consistido, después de todo, en impresionar a Agamenón con su discurso y conseguir así que le invitase a cenar (10.2).

Los capítulos siguientes presentan bastantes lagunas, por lo que no se puede definir con total seguridad a qué banquete consiguió Encolpio que le invitasen, pero todo indica que

---

<sup>2</sup> Además, más adelante (52.7), el mismo Agamenón deja claro que no perdía una oportunidad de practicar la adulación, si la ocasión era promisor.

se trataba de la famosa “Cena de Trimalción”<sup>3</sup>. A ella se dirigirán los tres amigos ocasionales — Encolpio, Gitón y Ascilto — para encontrarse con Agamenón y con su ayudante, Menelao<sup>4</sup>. Es muy importante la presencia de los “intelectuales” a lo largo de este banquete, ya que en éste se nota el servilismo de la formación retórica en relación a la agudeza y refinamiento discutibles del anfitrión. Los *scholastici* se comportan así, ante todo, por un interés inmediato, ya que están comiendo a costa de Trimalción, y pretenden seguir obteniendo beneficios de él. Sin embargo, el narrador, Encolpio, despliega un abanico de sentimientos más amplio y, por ello, más significativo, que va desde el deslumbramiento, el miedo, la ironía, hasta llegar a la náusea y a la desesperación.

La presencia de los hombres de letras no les es indiferente a los restantes comensales. Sin contar con los omnipresentes criados, todos los demás participantes en el banquete son libertos. Esto puede deducirse de párrafos como la breve presentación que uno de ellos hace a Encolpio de algunas personas presentes en el triclinio (37.1-38.16) y de las frases que intercambian cuando Trimalción tiene que alejarse, debido a imperiosas necesidades fisiológicas (41.9-46.8). A pesar de que la mayoría de los libertos son personas a las que les va bien en la vida, no dejan de mirar a los hombres instruidos con una desconfianza que no oculta cierto complejo de inferioridad. Hasta la jactancia con que el anfitrión exhibe su dinero, su poder y una erudición de que carece<sup>5</sup> es un medio para superar ese sentimiento común. Pero, para Trimalción, los “intelectuales” representan además, y sobre todo, otro elemento que contribuye al tan anhelado refinamiento, junto a todas las excentricidades y sorpresas que animan el acto del banquete.

Sin embargo, esta convivencia de dos universos distintos, que mutuamente se atraen y se repelen, movidos por el deseo de alcanzar la parte que cada uno de ellos no posee, crea una atmósfera de tensión latente, a lo largo del banquete, hasta que uno de ellos termina

---

<sup>3</sup> Cf. 26.7-10. En todo caso, si ésta no fue la única cena a que consiguieron ser invitados, sí que fue la más aparatosa.

<sup>4</sup> Como fácilmente se intuye, estos dos últimos nombres parodian la épica homérica: aquí, como en la *Iliada*, Menelao desempeña un papel secundario en comparación con Agamenón. Sobre el tema de la parodia literaria es especialmente útil el trabajo de FERREIRA (2000).

<sup>5</sup> E.g. 48.7; 50.4-5; 52.1-2. Sobre el tipo de confusiones que, a cada momento, les brinda a los comensales, vide LEÃO (1996).

prevaleciendo. La primera ocasión en que se detecta este clima es cuando Trimalción explica el significado de los signos del Zodiaco. Empieza por Aries (39.5):

El cielo que vemos, en que habitan los doce dioses, se reparte en otras tantas figuras, y antes de nada se hace Aries. Así todo el que nace en este signo tiene muchos rebaños, mucha lana, además la cabeza dura, la frente desvergonzada, el cuerno aguzado. La mayor parte de los letrados y sus borreguillos nacen bajo este signo.

Este párrafo no se presenta absolutamente transparente pero parece obvia la alusión malévola a los “intelectuales”, a pesar de que el desdén inconveniente sea usual en Trimalción, lo que, en cierto modo, atenúa el riesgo de la afronta. Más significativo, no obstante, será el interludio que permite la ausencia temporal del anfitrión. Los libertos, uno tras otro, hablan de las preocupaciones y anhelos de su vida cotidiana. Equión, el último en intervenir, después de reaccionar con una perspectiva más moderada a las alegaciones pesimistas de Ganimedes en relación a la situación político-social, hace este comentario dirigido al retor (46.1):

Me parece, Agamenón, que te estás diciendo: «¿Por qué despotrica ese cargante?» Porque tú que puedes hablar, no hablas. No eres de nuestra misma pasta, y por eso te burlas de las palabras de los pobretes. Ya sabemos que de tan letrado te has puesto tonto.

El liberto se siente observado por la mirada de desaprobación del maestro de retórica. Por más que convivan, no podrán sentirse a gusto ni ser francos: pueden mezclarse entre ellos, pero confundirse, nunca. Por eso, Equión procura llevar la conversación hacia el terreno en que se sabe superior a los “intelectuales”: el mundo de la riqueza material (46.2). Pero pretende más: desea alcanzar también el poder de la palabra y el del conocimiento, no a través de sí mismo, sino de una prolongación suya: su propio hijo. En las intervenciones de Equión se seguía manteniendo una cierta atmósfera de falsa cordialidad, pero el conflicto encubierto se desencadena con toda violencia a través de las palabras de Hermerote (57.1-2):

En otro lado de la sala Ascilto, con descomedida insolencia, hacía chacota de cuanto se decía levantando las manos, y se reía hasta saltarle las lágrimas. Uno de los conlibertos de Trimalción, precisamente el que estaba a mi derecha, palideció de ira y le dijo: «¿De qué te ríes, cabrón? ¿Es que no te parecen bien las exquisiteces de mi amo?... Claro, tú tienes más medios y sueles comer mejor.

La risa desenfrenada de Ascilto, estimulada por las repetidas libaciones, ha dejado paso a la franca indignación del liberto. Hermerote no es capaz de aguantar la arrogancia del joven y lo ataca por donde lo sabe más débil: la riqueza. Toda su argumentación gira alrededor de este binomio: Ascilto<sup>6</sup> que nada tiene — a no ser la incómoda formación que el atacante por ahora no menciona — y Hermerote, que ha conseguido una posición honrosa a través de su esfuerzo personal (57.5-6):

Soy hombre entre los hombres, ando con la cara descubierta; no debo un céntimo a nadie; nunca recibí una citación; nadie me dijo en público: «Devuélveme lo que me debes». Compré mis pedacitos de tierra, reuní mis perras; mantengo veinte estómagos, y un can. Redimí a mi mujer, para que nadie se secara las manos en su seno; mil denarios pagué por mi propia libertad; fui nombrado servir de balde; espero morir sin tener que ponerme colorado de muerto...

Ni siquiera falta el enfrentamiento con Agamenón que, por ser más maduro, conoce mejor las reglas de la conveniencia (57.8):

Sólo a ti te parecemos de risa; mira a tu maestro, un hombre mayor: y le parecemos bien...

La risa contagia a una extensión del propio Ascilto que, en aquellos momentos, hace de esclavo de ambos amigos: Gitón<sup>7</sup>. La exaltación de Hermerote sube de tono, ante un descaro así (58.1-14) y, en sus imprecaciones, va a orientar el ataque en dos frentes. El primero traduce la reacción contra el desplante inaceptable de un esclavo, sobre todo a los ojos de un liberto, ya que los arribistas son, por lo general, menos complacientes con los elementos de la clase social a que han pertenecido. Por eso, Hermerote pregunta, con ironía:

---

<sup>6</sup> A juzgar por los desahogos de Encolpio (81.4), Ascilto es un liberto, pero no ha conseguido esta posición honradamente, al contrario de lo que sucedía con Hermerote.

<sup>7</sup> Cf. 26.10. En otras dos ocasiones, Gitón y Encolpio, que son libres, van a desempeñar el papel de esclavos, ahora de Eumolpo (103.1-2 y 117.4-11).

*Io Saturnalia, rogo, mensis december est?*<sup>8</sup>. Durante las Saturnales, realizadas en diciembre, se invertía el orden social y los esclavos podían ser servidos por los señores. El segundo frente tiene que ver con el hecho de que Gitón sea un reflejo de la educación que tiene su presunto dueño (58.3: *plane qualis dominus, talis et seruus*). Pero si con Ascilto sólo se atrevía a procurar superarlo en el terreno material, a Gitón lo desafía a un duelo situado en el campo de la agudeza del intelecto, por considerarse socialmente superior. Sus palabras, en el fondo, vienen a subrayar la superioridad del espíritu pragmático, una de las grandes carencias de los “intelectuales” (58.7-8):

No estudié geometría, literatura y locuras sin sentido, pero sé las mayúsculas, y dividir por cien para los ases, para las libras y para los sestercios... O sea, si quieres, tú y yo nos jugamos algo: venga, yo hago mi puesta... Ya verás cómo tu padre ha perdido los honorarios pagados, aunque tú sabes tu retórica.

El desafío erudito de Hermerote no llega a las alturas de Trimalción, sino que se conforma con ejemplos de lo que podríamos llamar sabiduría popular (58.8-9). A pesar de todo, la conclusión a que llega puede ser muy significativa para la realidad de la educación dada a Gitón y, por extensión, a los otros *scholastici*: a pesar de sus conocimientos de retórica, su inversión en el aprendizaje fue inútil. Para triunfar en la vida real hacen falta otras herramientas.

El anfitrión interviene de manera oportuna y esto impide que la disputa tenga peores consecuencias (59.1-2). Poco después, Trimalción le pide a Nicerote, otro de los comensales, que les cuente una de sus anécdotas, para deleitarlos una vez más a todos. Éste accede, no sin antes oponer cierta resistencia (61.3-4):

Que los beneficios todos me pasen por delante de las narices, si no hace ya tiempo que salto de alegría al verte así. Por eso, ¡venga juega!, aunque temo a estes tipos de escuela, no sea que se rían de mí. Allá ellos: voy a contar un cuento de todos modos; pues, ¿qué me quita el que se ríe? Más vale que se rían a que se burlen.

---

<sup>8</sup> 58.2.

El mismo recelo de ser el blanco de las burlas de los eruditos, el mismo retraimiento. Nicerote decide arriesgarse y así les dará una lección a todos. La anécdota que va a relatar es autobiográfica, pero es comprensible que el narrador tema las reacciones: su fantástico contenido incluye noches de luna llena, metamorfosis, sangre, muerte. La pedantería de los *scholastici* debería llevarlos a racionalizar el cuento, a mirarlo con escepticismo... pero no sucedió así. Lo acogieron con la estupefacción de los supersticiosos (63.1): *attonitis admiratione uniuersis*.

Después de aseverar la seriedad de Nicerote, Trimalción aprovecha el clima tétrico que se había creado para contar también él experiencias increíbles. Esta vez, la narración del hecho, que el dueño de la casa había presenciado, incluye hechiceras que roban cuerpos, que los sustituyen por fanchos disecados, y, otra vez, temor, inseguridad y muerte. Entre los oyentes la reacción fue unánime (64.1-2):

Mostramos a un tiempo nuestro asombro y nuestra convicción, y besando la mesa rogamos a las brujas noctámbulas que se queden en su casa mientras regresamos de la cena. El caso es que ya me parecía ver encendidas doble número de lámparas y todo el triclinio me parecía diferente.

La imaginación impresionable de Encolpio tal vez le haga exagerar, pero la verdad es que a todos les afecta la historia y por eso hacen el gesto apotropaico de besar la mesa, con el fin de evitar el toque maligno de las *Nocturnae*. No parece haber en este episodio señales de ironía, de falsa preocupación. De poco les ha valido a los “intelectuales” estudiar: los libertos consiguen dominar la mente de los letrados. Para que su derrota fuese completa e inequívoca, sólo faltaba mostrarles el éxito que les está negado y que el anfitrión, un ex-esclavo sin cultura, había alcanzado. La vida de Trimalción es un ejemplo de fuerza de voluntad, de animosidad hasta en los momentos más difíciles, de sentido de la oportunidad. El comentario del que parte para relatar su ascenso social puede parecer de mal gusto, incluso injusto para alguno de los presentes, pero traduce una realidad bien amarga para el grupo de los *scholastici* (75.8):

Pues yo fui lo mismo que sois ahora vosotros, pero por mi esfuerzo llegué a esta situación. El corazoncete es lo que hace a los hombres, todo lo demás son pamplinas.

Lo que les falta es esta energía vital: objetivos concretos en vez de ejercicios retóricos, determinación en vez de la anuencia de la circunstancia.

Bastante más tarde, después de la “Cena”, los antihéroes se duermen, pero, durante la noche, Ascilto le roba a Encolpio su pérfido amante. La ruptura es inevitable. ¡Que les deje el traidor, después de que se hayan repartido sus pertenencias! Pero Ascilto también quiere dividir a Gitón y éste, cuando le dan a escoger, no respeta relaciones tan antiguas como lazos de sangre: sigue a Ascilto. Encolpio decide, entonces, alejarse para reflexionar y vengarse. Y con esta idea sale de casa (82.2-4):

Pero mientras con la faz desencajada y enfurecido pensaba solamente en muertes y sangre, y a cada minuto echaba mano a la empuñadura del arma sobre la que había jurado mi venganza, me descubrió un soldado, fuese un desertor o un salteador nocturno, y me espetó: «Eh tú, compañero, ¿de qué legión eres? ¿quién es tu centurión?» Con todo aplomo mentí el centurión y la legión. «Oye, pues,» — replicó él — «¿es que en vuestro ejército los soldados andan calzados de blanco?» Después de esto yo descubrí con mi gesto y con mi temblor que había mentido; entonces él me mandó arrojar las armas y guardarme de lo peor.

Encolpio se sentía como la encarnación de un héroe épico. Al alejarse hacia un lugar aislado (81.1), está viviendo la angustia de un nuevo Aquiles, cuando Agamenón le arrebató la cautiva de guerra. Al decidir vengarse, se transforma en un segundo Eneas, que sale en busca del enemigo introducido dentro de Troya para provocar la ruina de la ciudad<sup>9</sup>. Pero ésta no es una sociedad en que se realicen actos celebrables en epopeya. El joven enamorado está preparado para llevar adelante el plan que se había propuesto, pero sólo lo está mentalmente. De hecho, la falta de adecuación entre la figura que procura imitar y el calzado que usa lo

---

<sup>9</sup> Cf. *Iliada*, 1.348-50; *Eneida*, 2.314.



denuncia inmediatamente <sup>10</sup> y, antes del gesto, lo desarman las palabras del soldado: para vencer en un mundo en que todos se engañan es necesario asumir con verticalidad la posición que se adopta. Encolpio es todavía muy joven e inexperto. La lección la va a aprender más tarde, con Eumolpo, un gran amante de las artes y un embustero todavía mayor que sus compañeros de aventura.

De hecho, había sido sustituida la compañía de Ascilto por la de este poeta de verbo incontinente y fue con él con quien Encolpio y Gitón deciden embarcarse, rumbo a un futuro incierto. Ya dentro del barco descubren que Eumolpo los había puesto, sin saberlo, en manos de dos grandes enemigos: Licas y Trifena. Gitón y Encolpio están desesperados y, después de explicarle a su compañero la causa de su temor, buscan los tres, afanosamente, una salida salvadora del antro del Cíclope (101.7). Cada propuesta parece más imposible y extraña que la anterior: Gitón sugiere, primero, que convencen al piloto a cambiar de ruta (101.8-11); Encolpio, que se metan en un bote y se dejen ir a la deriva (102.1-2); Eumolpo, que los dos amantes se oculten fingiéndose fardos de mercancía (102.8-12). La cuarta propuesta, obra de Encolpio, merece una atención especial (102.13):

Aún debemos buscar otro camino de salvarnos. Mirad bien lo que he discurrido. Eumolpo, como aficionado a las letras, tiene seguramente tinta. Con este remedio cambiemos el color de nuestra piel desde la cabellera hasta las uñas de los pies. De esta manera como esclavos etíopes estaremos a tu disposición felices sin miedo a los suplicios, y con nuestro color mudado burlaremos a nuestros enemigos.

Encolpio, como de costumbre, está simplificando las cosas. Pero no deja de ser curioso que el instrumento de la metamorfosis sea la tinta, precisamente lo que caracteriza a Eumolpo como amante de las letras y, por extensión, también a sus acompañantes. Contra este plan, Gitón va a presentar objeciones pertinentes, y sobre todo significativas de la existencia que llevan (102.14-15):

---

<sup>10</sup> Los *phaecasia*, de origen oriental, eran un calzado de piel blanca y suave usado por los sacerdotes, en Atenas. Fortunata usa unos zapatos parecidos (67.4).

¿Cómo no? [...] ¡Como si el solo color pudiera alterar la figura! Muchos detalles es necesario que estén de acuerdo, y no bajo un único ángulo, para que el engaño se mantenga. [...] Un color preparado con artificios mancha el cuerpo, no cambia su aspecto.

El texto es bien explícito. Petronio parece decir, de forma velada pero eficaz, lo que ya hemos afirmado: a los “intelectuales” no les basta cubrirse con la tinta de escribir, es decir, utilizar la formación retórica y literaria, como escudo protector. Esto tiñe el cuerpo, transforma la apariencia, pero no perdura porque no convence.

Pues bien, algunas de las marcas de la verdad que Gitón admite en teoría, pueden verse precisamente en el estilo que él y los otros *scholastici* adoptan. Esta realidad es visible, especialmente, en algunos ejemplos en que la expresión debería ser más sincera y más espontánea, pues son momentos en que la tensión es mayor. La belleza de Gitón, a la que se añade una volubilidad desastrosa, es fuente de grandes disgustos para Encolpio y de frecuentes disputas con otros pretendientes: es lo que ocurre con Ascilto (9.2-10.1), Eumolpo (92.1-5), Trifena (113.5-9), para referirnos sólo a los principales. Es difícil saber, con todas estas actitudes, qué piensa y qué siente realmente Gitón <sup>11</sup>. Las intervenciones de este adolescente están impregnadas de una gran artificiosidad, como si no fuera capaz de tener sentimientos espontáneos y naturales. Por lo demás, la retórica hueca de su lenguaje tiene su correlato en el comportamiento estereotipado que adopta y en que no faltan los escolares ecos literarios (80.3):

En medio de nuestra locura insensata, el muchacho, desesperado, tocaba entre sollozos nuestras rodillas y nos pedía con grandes súplicas que nuestro humilde hospedaje no se viera como Tebas, y que no mancilláramos con nuestra mutua sangre la santidad de una intimidad preclara.

Observamos la misma (de)formación literaria en Ascilto, como sucede en el episodio de su primer atentado contra el dudoso pudor de Gitón (9.5): «Me puse yo a gritar, y él tiró de puñal y me dijo: «Si eres Lucrecia, has encontrado tu Tarquinio.» Su discurso tampoco brota

---

<sup>11</sup> Sobre la acentuada ambigüedad que caracteriza a Gitón, vide LEÃO (2000).

con la fluidez y simplicidad naturales, sino de una elaboración cuidadosa<sup>12</sup>. Lo mismo puede decirse en relación a Encolpio. Sin embargo, como éste desempeña el papel de narrador, la extensión del texto que le corresponde es mayor, por lo que se hace más difícil encontrar en su estilo las marcas que hemos identificado en lo de sus compañeros. Pero si hacemos la distinción entre el Encolpio-narrador y el Encolpio-protagonista, la evidencia es mayor. Aceptando el factor de la economía de la narrativa en relación al primero, no es difícil detectar la afectación del segundo en los momentos en que Encolpio interviene directamente en la acción<sup>13</sup>. El carácter melodramático de las actitudes se encuentra también ampliamente representado en este personaje, receloso y sumiso por naturaleza, a pesar de que Gitón le gane en poder de convicción<sup>14</sup>.

Del análisis realizado podemos concluir que los “intelectuales” no sólo no consiguen asumir una actitud y un lenguaje espontáneos, sino que también se encuentran inermes ante el mundo que los rodea, lo que es una forma de subrayar la ineficacia de su formación retórica y literaria. Y no se justifica que los libertos los miren con desconfianza y recelo, ya que los amos son ahora los nuevos ricos. Dominan la sociedad y, cuando quieren, dominan la mente de los *scholastici*, a merced de sus relatos supersticiosos. Los “intelectuales” hacen frente a los problemas de la vida de una manera que es tan artificial como las palabras y las actitudes que aprendieron de memoria en sus ejercicios retóricos, carentes de significado y sin utilidad para una existencia diaria acongojada, en la que hasta el recurso al engaño tiene que basarse en un agudo sentido práctico, para no correr el riesgo de la ineficacia.

---

<sup>12</sup> Como ejemplo, vide 9.8-9.

<sup>13</sup> E.g. 79.11; 81.2-6; 83.4-6; 102.10-12.

<sup>14</sup> Recordemos la reacción de Encolpio, cuando éste se ve encerrado en la hospedería (94.8).

**BIBLIOGRAFÍA SELECTA**

COSCI, Paola

- (1978): "Per una ricostruzione della scena iniziale del *Satyricon*", *MD* 1, 201-7.

FERREIRA, Paulo Sérgio M.

- 2000: *Os elementos paródicos no Satyricon de Petrónio e o seu significado* (Lisboa).

LEÃO, Delfim F.

- 1996: "Trimalquião: a *Humanitas* de um novo-rico", *Humanitas* 48, 161-82.  
— 1998: *As ironias da Fortuna. Sátira e moralidade no Satyricon de Petrónio* (Lisboa).  
— 2000: "Gíton ou a arte da ambiguidade", in *Actas do Congresso "A retórica greco-latina e a sua perenidade"*, vol. II (Porto) 527-41.

SOVERINI, Paolo

- (1985), "Il problema delle teorie retoriche e poetiche di Petronio", *ANRW* II.3, 1706-79.